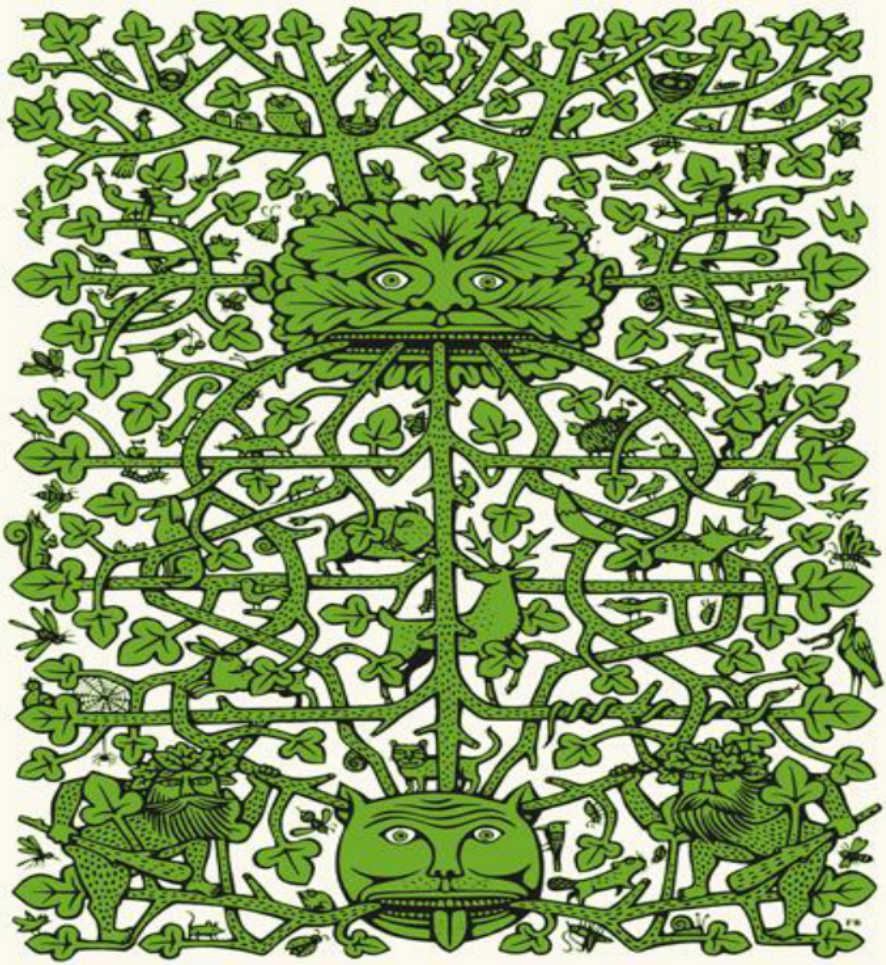
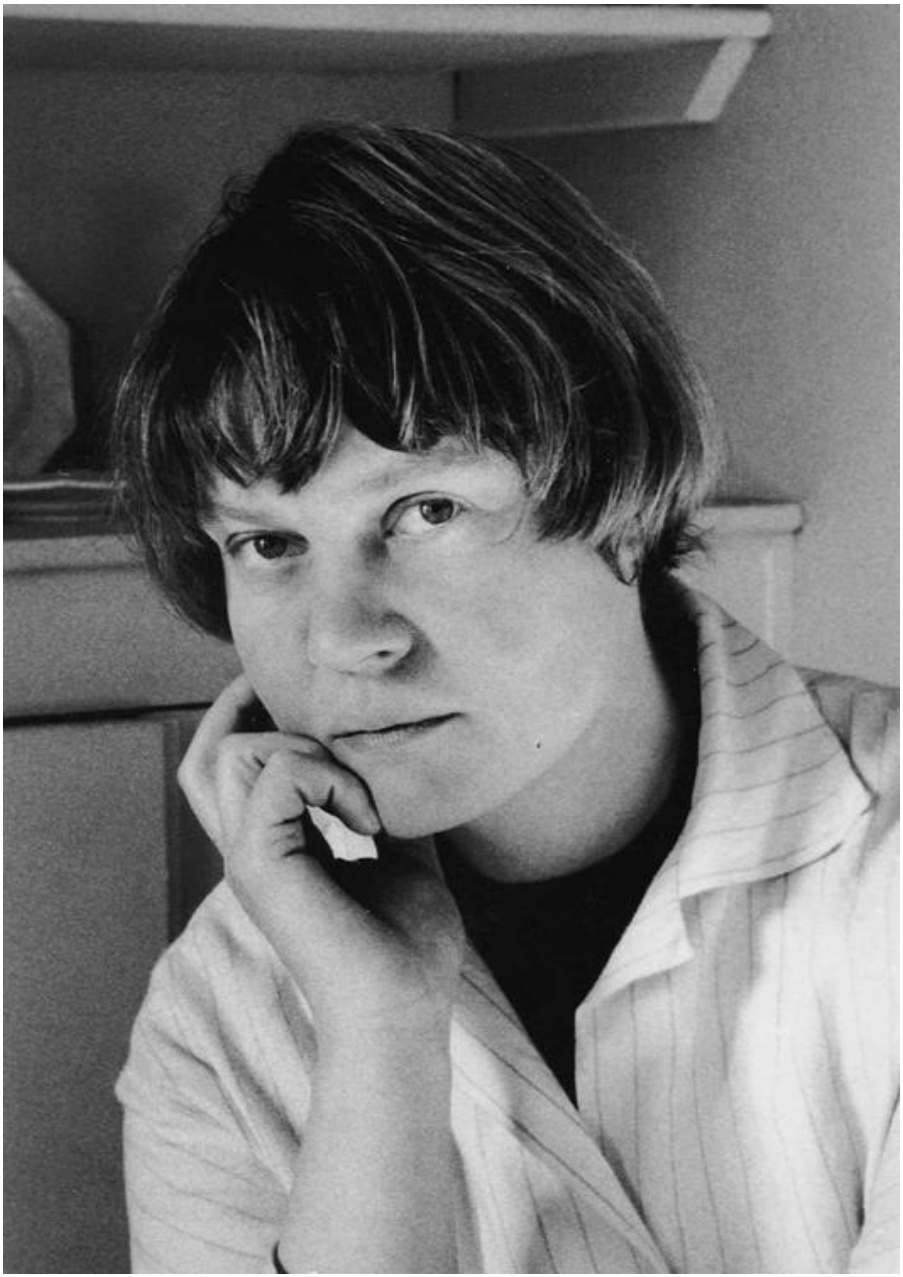
IRIS MURDOCH

II

Algo del otro mundo

Traducción y posfacio de Pilar Adón





Iris Murdoch, Ida Kar, 1957 © National Portrait Gallery. Londres

—¿Por qué no te quedas con él? —preguntó la señora Geary mientras ordenaba los periódicos vespertinos en el mostrador.

Yvonne estaba en mitad de la tienda, sentada a horcajadas en una silla. La había inclinado hasta dejarla en un equilibrio inestable, y ahora rozaba contra la madera del respaldo su cabecita de animal mientras apoyaba las largas piernas en el suelo para no caerse. No respondió.

—Se ha vuelto a enfadar —dijo su tío, de pie junto a la puerta de la habitación interior.

—Que te estoy oyendo… —replicó Yvonne. Y empezó a balancearse en la silla con fuerza, hacia delante, hacia atrás.

—No vayas a romper la silla —dijo su madre—. Es la última decente que nos queda hasta que vuelva el del mimbre. Te he preguntado que por qué no te quedas con él.

El tranvía de Dublín pasó traqueteando muy cerca de la tienda y el interior se oscureció por un momento. Los objetos más pequeños de las estanterías superiores tintinearon con pequeños saltitos. Era una tarde calurosa y habían dejado la puerta que daba a la calle, con toda su suciedad, abierta de par en par.

—¡Venga! ¡Parad ya! ¡Dejadme en paz! —exclamó Yvonne—. No le quiero. No quiero casarme. No me parece nada del otro mundo.

—Nada del otro mundo, ¿eh? —dijo su tío—. Estamos hablando de un muchacho agradable que tiene un trabajo estable y que quiere casarse contigo. Y tú ya no eres tan joven. ¿O es que vas a pasarte la vida dependiendo de tu madre?

—Si no piensas casarte con él, no deberías andar mareándolo —dijo su madre—. Y deja la silla quietecita.

—¿Es que no puedo ser amiga de un chico, sólo amiga, sin tener que soportaros a los dos todo el rato? —siguió Yvonne—. Tengo veinticuatro años y sé lo que hago.

—Ya lo creo. Veinticuatro bien cumplidos —dijo su madre—. Y ahí tienes a Betty Nolan y a Maureen Burke, casadas desde hace tres años, cuando en el colegio iban un curso por detrás de ti.

—Yo no soy como esas dos —dijo Yvonne.

—¡No! ¡Desde luego que no! —contestó su madre.

—Es por esas revistas femeninas —dijo su tío—. Y por las novelitas que lee a todas horas. Le están metiendo ideas raras en la cabeza. No va a querer casarse con nadie, a no ser que se le ponga delante un jeque árabe.

—En vez de hacer algo con su vida —dijo su madre— se pasa las

horas ahí encerrada, en ese cuartucho oscuro, tumbada boca abajo con la nariz metida en sus novelas. Un milagro me parece que no se le hayan borrado los dos ojos de la cara.

—¿Puedo por favor vivir mi vida como me dé la gana? —preguntó Yvonne—. Es lo único que tengo. Y ya os he dicho que no veo en él nada especial, y si no lo veo no me puedo casar.

—Pertenece al Pueblo Elegido —dijo su tío—. ¿Te parece poco especial?

—No empieces con eso otra vez —dijo su madre—. Sam es un buen muchacho. No se comporta en absoluto como un judío. Me consta que criaría a los niños en la Iglesia de Irlanda.

—De todas formas —dijo su tío—, los prefiero a esos otros que llevan al cura de turno todo el tiempo detrás y se levantan el sombrero en el tranvía cada vez que pasan por delante de la puerta de una capilla, que ya no puede uno ni ir tranquilo en su asiento. No tengo nada en contra de los judíos.

—Nuestro Señor era judío —dijo Yvonne.

—¡No digas barbaridades! —le respondió su madre.

—Nuestro Señor era el Hijo de Dios —dijo su tío—. Y eso no es ser ni judío ni griego.

—¿Es esta tarde cuando viene el hombre de las tarjetas de Navidad? —preguntó Yvonne.

—Sí —dijo su madre—. Pero la verdad es que no sé por qué vienen a incordiarnos con las tarjetas navideñas en pleno verano.

—Me quedo hasta que llegue —dijo Yvonne—. Que tú siempre eliges las más sosas.

—Elijo las que se venden —respondió su madre—. Y no vayas a quedarte por aquí dando la lata cuando llegue Sam. No es que haya mucho espacio.

—Si te casaras, al menos te librarías de todo esto —dijo su tío—. Y no sería con tu madre con quien tendrías que compartir la cama. Siempre andas quejándote de que este sitio es una caja de cerillas.

—Es que es una caja de cerillas —dijo Yvonne—. Pero si me casara estaría metida en otra caja de cerillas, sólo que en un lugar distinto.

—Estoy harta de decírtelo —dijo su madre—. Podrías hacerte con una de esas casitas nuevas de la carretera de Drumcondra. El encargado de la tienda de Macmullan conoce al hombre que lleva la lista.

—No quiero una casita nueva —contestó Yvonne—. ¡Ya te he dicho que no me gusta y se acabó!

—Si esperas a casarte por amor —dijo su tío—, pasarán diez años y acabarás atada al primero que pase. No es que seas Greta Garbo, y bastante suerte tienes de que haya un joven tras de ti. Las personas sensatas se casan porque quieren estar casadas, no por los

sentimientos que albergan en sus corazones.

—Sigue colada por el chico inglés —dijo su madre—, aquel muchacho alto. Tony Thingummy se llamaba.

—¡Claro que no! —exclamó Yvonne—. ¡Adiós, muy buenas! ¡Hasta nunca!

—No podía soportar su voz —dijo su tío—. Y movía la boca de forma exagerada al hablar, como si estuviera en una obra de teatro.

—Verás como los dichosos ingleses vuelven a ganar la lotería este año —dijo su madre.

—Me trajo flores —comentó Yvonne.

—¡Flores, sí señor! —dijo su tío—. ¡Y te cantaba cancioncitas! Ya nos lo contaste una vez.

—Era un hombre muy garboso —dijo su madre—. Con buena planta. Y buenas maneras. Pero eso está más que acabado. Y ya verás lo que te va a traer Sam cualquier día de estos.

—Mujer, qué pesada con la historia esa del anillo de diamantes —dijo su tío—. Al final vas a conseguir que la muchacha no quiera ni oír hablar del tema. Ese tipo es tan pobre como nosotros.

—No hay nadie tan pobre como nosotros —dijo Yvonne.

—Por el momento es un empleado —siguió su tío—. No te niego que algún día pueda llegar a tener su propia sastrería y ser su propio jefe. Eso te lo reconozco. Al fin y al cabo es judío. Pero ahora mismo no tiene un gran puesto. Cobra poco.

—Esos no son pobres nunca —dijo su madre—. Sólo fingen serlo para que los suyos no se lleven su dinero.

—Está al llegar —dijo Yvonne—. No quiero que estéis hablando de él cuando aparezca. No es de buena educación.

—¡Mira quién habla de buena educación! —exclamó su tío.

—¿Os acordáis de aquella vez que nos lo encontramos en la liquidación del pobre señor Stacey y luego nos fuimos al bar de Sullavan y nos pagó dos rondas? —preguntó su madre.

—Lo hizo para llamar la atención de Yvonne —dijo su tío—, lo de ir enseñando el fajo. Seguro que después tuvo que volverse a su casa andando.

—¡Hay que ver cómo eres! —protestó su madre—. ¡Y luego me insistes en que anime a la niña!

—¿Me has oído decirle alguna vez que se case con él por su dinero? —preguntó su tío.

—Bueno, ya verás —dijo su madre—. Estos hacen todos lo mismo. Cuando quieren comprometerse con una chica, sacan el anillo de diamantes y la chica dice que sí.

—Si hacen eso será porque se lo lleven de segunda mano de la casa de empeños —dijo su tío—. Luego tendrán que devolverlo directamente al escaparate.

—¿Y qué pasa entonces con el anillo de Julia Batey? —preguntó su madre—. ¿Y cómo se llama la otra, la hermana de la joven Polly? Las dos se casaron con judíos y a las dos se lo pidieron de la misma forma. Una noche, así de repente, él dijo «Quiero enseñarte algo», y era el anillo, y así se prometieron. Es la costumbre, te lo digo yo.

—Bueno, espero que tengas razón —dijo su tío—. A lo mejor así nuestra exigente señorita se decide de una vez. Un anillo de diamantes. Eso sí que sería algo del otro mundo, ¿no?

—Un anillo de diamantes sería al menos algo distinto —dijo Yvonne.

—¡Quizá se lo traiga esta misma noche! —dijo su madre.

—¡No lo creo! —exclamó Yvonne.

—¿Adónde vais hoy? —preguntó su madre.

—No tengo la menor idea —dijo Yvonne—. A la ciudad, supongo.

—Podríais bajar al muelle —dijo su tío— y ver cómo zarpa el barco del correo. Mejor eso que ir a sentarte a uno de esos bares abarrotados o caminar por el Liffey, a respirar la peste del río y volver a casa oliendo a Guinness.

—Además, ya sabes que a Sam le encanta el mar —dijo su madre—. Se pasa el día entero encerrado, medio asfixiado por los vapores de las planchas.

—Hay muchas más cosas que hacer en la ciudad —dijo Yvonne—. Ya han puesto los adornos del Irlanda en Casa.[1] Y llevo todo el santo día en Kingstown muriéndome de aburrimiento.

—¡Por ti perfecto! ¡Siempre que sea Sam el que pague! —exclamó su tío.

—Pues no me gusta nada que vayas a esos tugurios de mala muerte —dijo su madre—. Me consta que no es Sam el que quiere ir a esos sitios, sino tú. Sam no es de los que se sientan a dar cabezadas en un bar. Y esa es otra de las cosas que me gustan de él.

—En el Kimball's han abierto una sala nueva —dijo Yvonne—. La han adornado como si fuera un salón de verdad, con flores y lámparas de cristalitos. Lo mismo vamos allí.

—¡Será más caro! —dijo su tío.

—Eso es problema de Sam —dijo su madre—. Menos mal que ahora tienen ese tipo de salas en los pubs. Así no hay que estar oliendo todo el tiempo a cerveza. Y una dama puede sentarse ahí sin que la tomen por otra cosa.

—¡Aquí está el hombre de las tarjetas! —exclamó Yvonne, levantándose de la silla de un salto.

—Vaya, señor Lynch —dijo la señora Geary—. Qué alegría volver a verle. Cualquiera diría que ha pasado ya un año entero. Parece que fue ayer cuando le vimos por última vez.

—Buenas noches, señora Geary —dijo el señor Lynch—. Es una

bendición verla con tan buen aspecto. Y veo que la señorita Geary y el señor O'Brien siguen con usted. Hay tantos cambios y tanta decadencia por todas partes… Me han dicho que la pobre señora Taylor, de Monkstown, falleció hace ahora un año.

—Sí, la pobre piltrafilla —dijo la señora Geary—. Pero setenta años tampoco está mal, ¿no? Después de eso, todo lo que vivas será un regalo del Señor.

—Todo nuestro tiempo es un préstamo, señora Geary —dijo el señor Lynch—. Y a saber cuándo nos lo reclamará el gran Acreedor. Somos como la hierba que hoy está en el campo y mañana se arroja al horno. [2]

—Vamos a ver qué trae —dijo la señora Geary—. El señor O'Brien se ocupará de la tienda.

Yvonne y su madre entraron, seguidas del señor Lynch, en la habitación interior, que estaba a oscuras. La única iluminación llegaba del otro extremo, gracias a una ventana de cristal esmerilado que daba a la cocina. El sitio tenía ese olor a dormitorio cerrado, repleto de telas antiguas, sudor y polvo. La señora Geary encendió la luz. La gigantesca cama de matrimonio, con su gran colcha blanca y sus pomos y sus barras de latón, donde dormían ella y su hija, dominaba la mitad de la habitación. Un sofá de brillante crin de caballo ocupaba la mayor parte de la otra mitad, dejando espacio tan sólo para una mesita forrada de terciopelo y para tres sillas negras que se alineaban frente a la imponente repisa de la chimenea, donde las fotografías y los animales de latón se iban alzando dispuestos en distintas hileras hacia el techo. El señor Lynch abrió la maleta y comenzó a desplegar las tarjetas de Navidad sobre el descolorido terciopelo rojo.

—El petirrojo y la nieve combinan bien —dijo la señora Geary—, y los carruajes siempre son muy populares, igual que la iglesia iluminada de noche.

—Los temas tradicionales de la Navidad tienen un encanto universal —dijo el señor Lynch.

—Oh, mira —dijo Yvonne—. ¡Esta es la más bonita que he visto en mi vida! Esta sí que es especial.

La sostuvo en alto. Un ribete de un brillante cartón dorado enmarcaba un cuadradito de seda blanca en el que se veían unas rosas bordadas.

—Esa es novedad —dijo el señor Lynch— y sale un poco más cara.

—No parece una auténtica tarjeta de Navidad, el caprichito este —dijo la señora Geary—. Lo que quiere la gente es una foto bonita acompañada del típico verso bonito. En estas cosas lo que importa es la emoción.

—Ha llegado Sam —dijo el señor O'Brien desde la tienda.

Sam entró y se detuvo en la puerta, entrecerrando los ojos por la luz

eléctrica. Era un hombre bajo, «corpulento», como decía el señor O'Brien, del que difícilmente podría decirse que fuera guapo. Tenía la cara pálida y redonda y unas manos nerviosas, pero sus ojos eran oscuros y su abundante cabellera, también oscura, semejaba el brioso plumaje de un ave. Llevaba su mejor traje, de un azul casi negro con raya gris, y una corbata de seda de color amarillo claro.

—Entra, Sam —le dijo la señora Geary—. Yvonne ya lleva un rato lista. Señor Lynch, le presento al señor Goldman.

—¿Cómo está usted? —se dijeron.

—Te veo muy elegante esta noche, Sam —dijo la señora Geary—. ¿Tienes prevista una velada especial?

—Estamos eligiendo las tarjetas de Navidad —dijo Yvonne—. ¿Hay por ahí alguna en la que salgan la mula y el buey, señor Lynch?

—Mira —dijo el señor Lynch—. Aquí tenemos a la mula y al buey, y aquí vemos a Nuestro Señor acostado en el pesebre, con Su Madre al lado. Y aquí están los tres Reyes Magos con sus lujosos regalos, y aquí ves cómo llegan los ángeles para darles la noticia a los pobres pastores por la noche. Y aquí está la estrella de oriente que los guiaba. Cuando Jesús nació en Belén de Judea, en los días del rey Herodes…

—Me sigue gustando más esta —dijo Yvonne—. Mira, Sam. ¿A que es muy bonita? —Levantó la tarjeta del marco dorado.

—Vosotros dos marchaos ya —dijo la señora Geary—. A ver si dejamos de incordiar a Sam con estas cosas de cristianos.

—No me importa —dijo Sam—. Siempre celebro la Navidad igual que usted, señora Geary. Me lo tomo como una especie de símbolo.

—Eso está muy bien —dijo el señor Lynch—. Después de todo, ¿qué es lo que nos diferencia a unos y a otros? En la casa de mi Padre hay muchas moradas; si no fuera así, os lo habría dicho.[3]

—Voy a buscar mi abrigo —dijo Yvonne.

—No la tengas por ahí hasta muy tarde, Sam —le pidió la señora Geary—. Hala, adiós. Y procurad pasar una bonita noche.

—Nos vemos —dijo Yvonne.

Dejaron atrás el ambiente húmedo y añejo que se respiraba en la tienda y se vieron frente a un perfecto crepúsculo estival, perfumado y cálido. Yvonne echó la cabeza hacia atrás y avanzó sola, altiva sobre sus zapatos de tacón alto, con esa mirada intensa y petulante que siempre ponía en presencia de Sam. No quiso agarrarse de su brazo, y bajaron la calle sin rumbo fijo.

—¿Adónde vamos? —preguntó Sam.

—Me da lo mismo —dijo ella.

—Podríamos caminar un poco junto al mar —dijo Sam— y sentarnos en las rocas más allá de los Baños.[4]

—Hace demasiado viento ahí abajo. Y no puedo andar por las rocas con estos zapatos.

—Bueno, pues vamos a la ciudad.

En ese momento oyeron cómo les llegaba desde el mar un sonido reverberante y atronador, muy profundo y triste. Volvió a sonar, se prolongó durante un instante en forma de rugido melancólico, y a continuación se fue apagando lentamente.

—¡Mira! Es el barco del correo —dijo Sam—. Vamos a ver cómo zarpa. Hace siglos que no lo veo.

Caminaron a toda velocidad en dirección a la iglesia de los Marineros y giraron hacia el malecón, donde se toparon con la fuerte brisa del mar. A la luz del atardecer, la escena que se presentó ante ellos resplandecía como una postal de colores. El barco del correo tenía ya las luces encendidas, lo que generaba unos reflejos pálidos y cambiantes en el agua, que aún brillaba con la luz del día. A medida que se fueron acercando, el barco comenzó a moverse muy despacio y se alejó del inmenso muelle de madera de color pardo, revelando filas y más filas de personas que se habían reunido allí para agitar sus blancos pañuelos en la creciente oscuridad de la tarde. El silencio era absoluto. Una encrespada columna de humo negro se amontonó sobre el agua, de un color metalizado, y por un momento logró que el barco quedara oculto tras ella, aunque poco después el humo volvió a elevarse y todos pudieron ver cómo el barco se alejaba entre los dos faros, cuyos haces de luz se estaban encendiendo en ese mismo instante. Finalmente se adentró en mar abierto, y más allá, sobre el cabo de Howth, empezó a alzarse una gran luna pálida.

—Ha alzado la luna su lámpara hacia el cielo[5] —dijo Sam.

—He visto cómo zarpa el barco del correo unas mil veces —dijo Yvonne—. Algún día me iré con él.

—¿Así que te gustaría ir a Inglaterra? —preguntó Sam.

Yvonne le lanzó una mirada de exagerado desprecio.

—¿Es que hay algún irlandés vivo que no quiera largarse a Inglaterra? —preguntó.

Ahora que iban de regreso caminaban más despacio. Pasaron por delante de las doradas ventanas del Ross's Hotel en dirección a la parada del tranvía que los llevaría a Dublín. Una vez en lo alto de la colina, vieron que el barco estaba ya muy próximo a la línea del horizonte, y que la estela de humo había quedado diluida en la oscuridad creciente de la noche. Cuando se bajaron del tranvía ante la columna de Nelson[6] no quedaba ni rastro de la luz del día.

—¿Ahora adónde te gustaría ir? —le preguntó Sam.

—¡No me hagas la misma pregunta cada dos por tres! —dijo—. ¡Tú ve adonde quieras, y lo más seguro es que yo te siga!

Sam la tomó del brazo y esta vez ella no lo retiró. La llevó hasta el puente O'Connell y desde allí hasta los muelles. El Liffey fluía junto a ellos, aceitoso y refulgente, negro como la Guinness, rumbo a la bahía

de Dublín. Ya no les quedaba mucho camino por recorrer. A lo largo del parapeto, cada cierta distancia, había unas cestas de metal llenas de flores que colgaban de las tracerías de hierro de las farolas. Además, habían extendido una pancarta por el puente para que todos los visitantes supieran en inglés y en irlandés que Irlanda era Su Casa. El aire olía a una mezcla de basura y polen.

Sam se volvió hacia el río y se quedó allí un instante con ánimo romántico, pasándole el brazo por la cintura. La luna había salido ya por encima de las casas. Pero Yvonne dijo con firmeza:

—Nos va a dar algo aquí, con este olor a desagüe. Vámonos al Kimball's y así vemos la sala nueva.

Tomaron la calle lateral que llevaba al Kimball's. Era una callejuela sucia y oscura, pero los destellos de luz y el considerable alboroto procedentes del fondo anunciaban sin lugar a dudas la ubicación del establecimiento. El pub de toda la vida, que fue el primer negocio con el que empezó Kimball, estaba en el sótano. A pie de calle habían abierto una tienda de comestibles, y justo encima estaba ahora la sala de la que habían hablado. Desde la planta de abajo ascendía un olor a hombres y a bebida, además del tintineo de un piano y una algarabía constante de voces masculinas.

Sam e Yvonne giraron y subieron por una escalera enmoquetada, muy bien iluminada, que olía a pintura reciente. Tras acceder a la sala, la puerta se cerró sola, suavemente. Allí todo estaba en calma. Yvonne avanzó por la moqueta y fue a sentarse en un ancho sofá de cretona, donde se arregló el vestido. En el espejo dorado que habían situado tras la barra, pudo ver el reflejo de la cara de Sam mientras pedía una ginebra con lima para ella y una Guinness de barril para él. Por un instante se esforzó en verlo con buenos ojos, pero lo único que le llamó la atención fue esa forma de echarse hacia delante, como para disculparse con el camarero, y que de repente sus pies parecían ridículamente pequeños. Pidió las bebidas en voz baja, como si estuviese solicitando algo no muy conveniente en una farmacia. Había unas cuantas parejas dispersas por la sala, todas ellas muy acurrucadas aprovechando lo tenue de la iluminación, hablándose en susurros.

Cuando Sam volvió con las bebidas, Yvonne le dijo en voz alta:

—¡Cualquiera diría que estamos en la iglesia en vez de en un bar!

—¡Shhh! —dijo Sam.

Un par de personas se les quedaron mirando. Sam se encogió a su lado en el sofá, intentando pasar desapercibido. Enseguida se le acercó un poco más, enroscándose sobre sí mismo como un erizo para estar lo más cerca posible de ella sin llegar a ofenderla. Puso el vaso sobre la mesa y comenzó a buscar mentalmente las palabras adecuadas: empezaría por las más sencillas y estas le llevarían a las más importantes. Con una mano pálida y rechoncha acariciaba la de

Yvonne, morena y huesuda, que yacía desganada de un modo que a él le resultaba muy familiar. La apretó suavemente y trató de atraerla hacia sí, hundiéndose un poco más en el sofá. Estuvieron así sentados durante un rato en silencio: Sam buscaba palabras sin soltarle la mano, e Yvonne seguía tan rígida como de costumbre. La enmoquetada calma que les rodeaba no ayudaba demasiado a que entre ellos surgiera una conversación. El camarero chocó sin querer dos vasos y todos los presentes se sobresaltaron.

—Si sigo aquí me va a dar un infarto —dijo Yvonne—. Es como si un montón de muertos estuvieran dando una fiesta. Vamos a ver cómo es lo de abajo. Nunca he estado.

—No es muy agradable —dijo Sam—. Las señoritas no bajan ahí. ¿Por qué no vamos otra vez a Henry Street? A ese café que tanto te gustó aquella vez.

—¡Ese sitio es absurdo! —dijo Yvonne—. Yo voy a bajar de todos modos. Tú puedes hacer lo que te dé la gana.

Dijo esto último en voz muy alta. Se levantó y avanzó con paso firme hacia la puerta. Sam, rojo de vergüenza, se levantó también de un salto, se bebió gran parte de lo que le quedaba de un trago y la siguió. Bajaron hasta la calle y desde ahí tomaron la escalera de hierro que conducía al sótano. Había incluso más ruido que antes y el olor era más fuerte.

Yvonne vaciló a medio camino.

—Será mejor que vayas tú primero —dijo.

Sam pasó por delante de ella a trompicones y empujó la ennegrecida puerta del bar. Él tampoco había estado allí jamás.

Fueron a dar a una sala muy amplia, de techos bajos, con paredes de azulejos blancos e iluminada con un brillo crudo porque las bombillas no estaban cubiertas por ninguna pantalla. El suelo se notaba pringoso por toda la bebida que le había caído encima, mezclada con un serrín que olía a cerveza. El ambiente era denso. Más que oírse, se sentía el repetitivo golpeteo de un piano, cuya melodía quedaba engullida por el barullo continuo de voces. Cuando entró Yvonne, un buen número de hombres, agolpados en torno a una barra circular que se alzaba en el centro, se giró para mirarla fijamente. Al principio tuvo la impresión de que allí no había más mujeres, pero a medida que fue disipándose la confusión inicial, pudo ver que había una o dos acechando desde algún recoveco apartado.

—¡Sí que hay mujeres! —exclamó Yvonne con aire de triunfo.

—No muy respetables —dijo Sam—. ¿Qué quieres beber? —Odiaba que lo miraran.

—Whisky —dijo Yvonne.

Se negó a sentarse y se quedó agarrada a uno de los pilares de hierro que rodeaban la barra, balanceándose ligeramente. Los

hombres más próximos a ella no le quitaban ojo. Asentían de manera insolente, haciendo todo tipo de comentarios. Ella se puso un poco roja, pero no apartó la vista ni se fijó en nadie; siguió mirando al frente con un hondo brillo en los ojos.

No fue fácil para el pobre Sam llegar hasta la barra. Los clientes que se interponían en su camino no tenían ninguna prisa por apartarse, aunque lo miraban con bastante amabilidad. El camarero, una versión infernal de su colega del piso de arriba, sirvió primero a dos clientes que habían llegado más tarde, no por equivocación sino adrede, y luego, con una cortesía irónica, le pasó las bebidas a Sam.

—¿No te gusta más esto que lo de arriba? —gritó Yvonne, arrebatándole el vaso cuando lo tuvo a su lado.

—¡Con eso que le estás dando hoy cae seguro! —exclamó un hombre de voz grave, muy cerca de Yvonne.

—¡Y tu madre después! —le gritó Sam mientras empujaba a Yvonne a toda prisa hacia un espacio libre en mitad del local, donde se quedó agarrado con fuerza a su brazo.

Ella había dejado de intentar oír lo que le decía y se entregó al placer de formar parte de aquel sitio tan estridente y saturado de alcohol. Para cuando se hubo bebido la mitad del whisky, ya se la veía integrada en el ambiente. Por encima de aquella increíble riada de confusión y griterío, se mantenía perfectamente a flote.

Al cabo de un rato sucedió algo que les llamó la atención. Cerca de la barra parecía estar desarrollándose una pequeña escena: alguien agitaba los brazos y gritaba con voz airada. Ante lo cual, el dueño del bar comenzó a gritar más todavía:

—¡Levante esa mano otra vez, señor, y le pongo de patitas en la calle! ¡Patsy, acompaña al caballero a la calle!

La gente fue saliendo rápidamente de sus recovecos para ver la que se estaba liando. El piano se detuvo en seco y el sonido de las voces se volvió de repente irregular y abrupto. Una mujer que llevaba en el pelo un clavel rojo y que despedía un perfume muy cargado se puso al lado de Yvonne y pegó su brazo desnudo a la manga de su vestido. Yvonne se dio cuenta enseguida de que no era el tipo de mujer que quería tener cerca, así que se apartó al instante. Ella le echó una mirada desafiante.

—Es hora de que nos larguemos —le dijo Sam a Yvonne.

—¡Venga, hombre, cállate! —le dijo ella, esquivándolo para seguir concentrada, con los ojos muy brillantes, en el lugar en el que se estaba desarrollando la acción.

Un joven alto y delgado, la presa que le habían asignado a Patsy, se balanceaba de un lado a otro sin dejar de blandir el puño, mientras intentaba hacer algún tipo de alegato destinado sin duda a insultar a alguien o a reivindicar algo. No obstante, su explicación era de una

complejidad tal que tuvo que iniciarla varias veces sin conseguir aclararse. Su antagonista, un hombre grueso con acento de Cork que coreaba cada uno de sus intentos con un continuo silbido burlón, le propinó un brutal puñetazo en el estómago. El joven osciló y retrocedió entre risas, con una expresión de extrema sorpresa. Para no perder el equilibrio, giró sobre sus talones con bastante destreza y fue a darse de cara con Yvonne.

—¡Ah! —exclamó el joven.

Y se quedó ahí de pie, manteniendo el equilibrio, congelado en pleno giro y con una mano extendida como si estuviera ejecutando un movimiento de ballet. Poco a poco dejó que una expresión de imbécil deleite transfigurara sus facciones. Se oyó otra carcajada.

—¡Ah! —volvió a exclamar—. ¡Creía que todas las flores se estaban secando ya, pero aquí tenemos una rosa en todo su esplendor! —Parecía haber recuperado el habla.

La mujer del clavel rojo le dio una palmada en el hombro a Yvonne:

—¡Vamos, gatita! —gritó—. ¡Dale a este amable caballero la respuesta que se merece!

El joven delgado se volvió hacia ella.

—¡Deja en paz a la joven! —exclamó—. ¡No tiene nada que ver contigo!

Y en esas se movió rápido como el rayo para arrancarle el clavel rojo del pelo y metérselo del tirón a Yvonne en el escote del vestido. El pub rompió en aplausos.

Yvonne se apartó de un salto. La mujer se volvió rápidamente y le dio una bofetada al joven. Pero más rápido aún fue el acompañante de la mujer, un hombre moreno con brazos de gorila, al arrebatarle la flor a Yvonne del pecho y darle un empujón que la lanzó sin remedio contra la pared. Por un momento se hizo un silencio expectante. La gente ya se había subido a las sillas para contemplar mejor el espectáculo, y varias hileras de rostros sin afeitar sonreían de oreja a oreja desde arriba a través del vaho y el humo del local. Yvonne estaba de color carmesí. Se quedó rígida un momento, como si la hubieran anclado a las baldosas del suelo. Pero Sam la agarró de la mano, tiró de ella y la sacó inmediatamente del bar.

Antes de que las pesadas puertas volvieran a cerrarse, oyeron un grito que los siguió en su carrera ascendente hacia la calle.

—¡Arriba hay menos peligro, señor! —Era una voz de mujer.

Cuando Yvonne salió a la acera, se libró de la mano de Sam y echó a correr. Corrió como una liebre calle abajo, entre la profunda oscuridad y la pestilencia del lugar, hasta dar con la diáfana claridad de los muelles. Fue allí donde Sam la alcanzó, reclinada en el parapeto del río, con la cabeza gacha y jadeando.

—Oh, querida mía, ¿ves...? —empezó a decir Sam, aunque se vio

repentinamente interrumpido.

Desde la brumosa oscuridad que se apreciaba más allá de las farolas había surgido una tercera figura. Se trataba del joven delgado, que llegó hasta ellos también corriendo. Agarró a Sam por el brazo.

—No quería ofenderles, señor —dijo el joven—. ¡No tenía ni la más mínima intención de ofender a nadie! Se trataba de un homenaje, un homenaje sincero, de uno de los poetas de Irlanda, un verdadero poeta, señor.

Se quedó allí, sin dejar de agarrar a Sam con una mano y sin dejar de mirar a Yvonne con los ojos muy abiertos. Mientras, con la otra mano buscaba algo a tientas en el bolsillo de su abrigo.

—Está bien —dijo Sam—. Seguro que no has tenido la culpa de nada. Pero ahora tenemos que irnos. —Comenzó, suave pero vigorosamente, a separar los dedos que le agarraban del brazo.

El joven se aferró con fuerza.

—A ver si encuentro el dichoso poema… —dijo—. Es un homenaje sincero. Un homenaje humilde y sincero a una de las maravillas de la naturaleza, porque una mujer hermosa es una de las maravillas de la naturaleza. Una flor…

—Sí, lo que tú digas —respondió Sam—. Nos da lo mismo. Tenemos que irnos, que perdemos el tranvía.

—Un merecido homenaje —dijo el joven—. ¡Dulces flores para la más dulce![7]

Se apartó de Sam bruscamente y adoptó una actitud grácil, con una pose que resultó demasiado difícil de mantener, de modo que se fue escorando lentamente hacia el borde del muelle hasta terminar dándose un buen golpe con una de las cestas metálicas de flores.

—¿No había hablado yo de las flores? —gritó—. ¡Pues justo! ¡Aquí las tenemos! Flores para la dama. Este regalo, este homenaje… —Hundió los dedos en la cesta y sacó un puñado de geranios junto con una gran cantidad de tierra que fue a caer de golpe al suelo, y, en gran medida, también sobre los zapatos de Yvonne, que quedaron sepultados debajo.

—¡Vámonos! —dijo Sam.

A esas alturas Yvonne ya se había dado la vuelta y estaba alejándose muy deprisa, moviendo los brazos y sacudiendo los pies al caminar para intentar quitarse la tierra de encima. Sam fue detrás de ella, y el joven fue detrás de Sam, sin dejar de hablar.

—¿Cómo se llama? —gritaba en tono agraviado—. ¿Cuál es el nombre de la dama que hace llover pétalos de rosa del cielo, y con, oh, esos ojos y esos labios… De todo esto hablaba yo en un poema…

Y mientras así caminaban los tres, en fila india y con paso rápido hacia O'Connell Street, el joven iba sacando las flores de las cestas y pasando los dedos por los tallos hacia arriba para arrancar los pétalos

y luego lanzárselos a puñados a Sam por encima de la cabeza con la intención de que cayeran como una lluvia directamente sobre Yvonne.

—¡Oiga, joven! —exclamó un policía que se materializó ante ellos, sin que le hubieran visto llegar, cuando la pequeña procesión se acercaba al puente O'Connell—. Permítame recordarle que es dinero público lo que se gasta en esas flores que va usted destrozando. Eso que está haciendo es un delito.

—La naturaleza debe… —empezó el joven.

—Seguro que sí —dijo el policía—. Y yo debo denunciarle por daños con premeditación y alevosía.

Sam e Yvonne vieron cómo las dos figuras quedaban muy próximas entre sí mientras ellos seguían alejándose, cada vez más deprisa.

Finalmente, Sam logró alcanzarla delante de la librería de Hannah, para descubrir que tenía en el rostro una mirada pétrea. Empezó a preguntarle si estaba bien.

Al principio ella se negó a responder y se giró bruscamente hacia el puente, en dirección a Westmoreland Street. Luego gritó con voz de cansancio:

—¡De verdad! ¡Cállate! Ya he tenido suficiente por hoy. Déjalo de una vez y vámonos al tranvía.

Sam alzó las manos y las extendió, con las palmas hacia arriba. Durante un rato fue tras ella a buen paso, en silencio, dejando que uno de los mechones de su pelo negro se balanceara ante sus ojos.

—Yvonne —dijo entonces—, no te vayas. Déjame hacer algo para que puedas olvidarte de todo esto. Si te vas ahora y se quedan las cosas así, no me lo vas a perdonar nunca.

Yvonne aminoró el paso y lo miró con resentimiento.

—No es que me importe —dijo—. No me sorprende en absoluto nada de lo que ha pasado. Es sólo que pensé que la de hoy podría ser… una velada especial. Esto me pasa por tonta, ya está.

Sam juntó las manos y a continuación volvió a abrirlas. Hizo que se detuviera y que lo mirara. Ya habían recorrido gran parte de la calle.

—Aún puede serlo —le dijo con tono de urgencia—. Una velada especial. Claro que sí. No la estropees ahora enfadándote. Espera un poco. Aún no es la hora del último tranvía.

Yvonne vaciló y no opuso resistencia cuando Sam la tomó del brazo.

—Pero ¿adónde vamos a ir a estas horas?

—¡No te preocupes! —dijo Sam con una confianza repentina—. Ven conmigo y sé buena chica, que quiero enseñarte algo especial.

—¿Quieres enseñarme algo? —preguntó Yvonne, dejando que la guiara hacia Grafton Street.

Al doblar la esquina, Sam se atrevió a entrelazar sus dedos con los de ella y a estrechar su delicada mano con la fuerza de la suya. Ella correspondió el gesto con suavidad. Y así recorrieron la calle, unidos

de esta manera tan precaria y consciente. Ante ellos aparecía ahora la oscura masa de Stephen's Green, y cruzaron la calle hacia allí. Todavía había unas cuantas personas reunidas bajo el dorado resplandor del Shelbourne,[8] pero en el lado opuesto de la plaza no había nadie. Sam empezó a tirar de ella, deslizándose subrepticiamente junto a las vallas.

—Estos zapatos me están matando —dijo Yvonne—. ¿Adónde vamos?

—Ya hemos llegado —dijo Sam, y se detuvo justo entonces para señalar un espacio abierto en una de las vallas—. ¿Ves? Esta parte de aquí está rota y podemos entrar en el parque.

—Eso está prohibido —dijo Yvonne—. Ya lo han cerrado al público.

—Pero tú y yo no somos el público —dijo Sam, atreviéndose a meter los pies por el agujero y a agacharse para acceder al otro lado.

A continuación, tiró de ella confiado para que entrara también en el parque.

Yvonne dio un pequeño grito. De repente se vio rodeada de un montón de maleza. En torno a ella todo era una maraña de plantas empapadas.

—¡Pero esto es horrible! ¡Se me están rompiendo las medias!

—Dame las manos —dijo Sam.

Le tomó las dos manos y medio la alzó para llevarla hasta una zona en la que había un césped que en ese momento parecía muy oscuro. Ella dio unos pasos por aquella húmeda superficie mullida y pronto sintió la sólida grava del camino bajo sus pies. Lo siguiente que vieron fue el brillante reflejo de la luna sobre el agua. La gran luna los miraba desde el lago, perfectamente clara y casi llena, resplandeciente.

—¡Oh, cielos! —exclamó Yvonne, apaciguada por un momento ante aquel resplandor fantasmal.

Seguían de la mano, contemplando el negro espejo del lago, mientras las largas sombras de sus cuerpos, generadas por la luz de la luna, se extendían a sus espaldas.

Yvonne empezó a mirar nerviosa a su alrededor.

—Sam —dijo en un susurro—. No me gusta estar aquí. Alguien podría vernos. Por favor, vámonos.

—No voy a dejar que te pase nada —dijo Sam, susurrando también, con una voz acariciante, rebosante de ternura—. Voy a cuidar de ti. Siempre voy a estar ahí para cuidarte. Sólo quería que vieras algo bonito.

—¿Y bien? —dijo Yvonne.

Sam dio unos pasos y ella fue tras él, hasta que se detuvieron los dos. Ella lo miró a la cara.

—Ahí está —dijo Sam.

—¿Dónde?

—Ahí, mira… —Alzó la mano y la extendió hacia una forma oscura.

Yvonne retrocedió violentamente. Allí, ante ella, en la oscuridad, apareció una especie de monstruo. Luego se dio cuenta de que en realidad se trataba de un árbol caído. Estaba justo al otro lado del sendero que bordeaba el lago, y las ramas más altas rozaban el agua.

—¿Qué es? —preguntó con repulsión.

—Un árbol caído —dijo Sam—. No sé de qué tipo.

Yvonne lo miró. Se dio cuenta de que le brillaban los ojos casi como brillarían los de un gato en la oscuridad, ante el reflejo de la luz de la luna, aunque no la estaba mirando a ella.

—Pero ibas a enseñarme algo.

—Sí, esto, el pobre árbol.

Yvonne se quedó muda un momento. Luego se atragantó al hablar.

—¿Y esto es por lo que no me has dejado subirme al tranvía y por lo que me has hecho andar más de un kilómetro y medio? ¿Por lo que me he roto las medias? ¡Para ver un simple y asqueroso árbol viejo podrido de gusanos!

Su voz se elevó más y soltó al aire un manotazo salvaje que hizo que una repentina ráfaga de hojas fuera a chocarse con la redonda cara de Sam, iluminada por la luna.

—Pero no… —dijo Sam muy tranquilo, situándose ahora a su lado —. Míralo bien, Yvonne. Detente un instante y míralo. Es tan hermoso. Es cierto que resulta un poco triste que un árbol yazga así, tan fuerte y con todas esas hojas verdes esparcidas por el suelo, como una flor recién arrancada. Sé que es triste. Pero ven conmigo y ya verás como nos convertimos en un par de pájaros subidos a las ramas.

A pesar de su resistencia, volvió a acercarse a ella y a atraerla hacia sí entre las susurrantes hojas que se extendían por el sendero en forma de gran abanico. Luego la besó muy suavemente en la mejilla.

Yvonne se soltó y retrocedió a trompicones, apartando unas ramitas llenas de hojas que le estaban rozando el cuello.

—¿Y esto es todo? —preguntó llena de ira—. ¿Esto es todo lo que querías que viera? ¡Esto no vale nada! ¡Y no lo soporto! ¡No soporto ese árbol horrendo y su mugre y que todos estos gusanos y escarabajos hayan ido a caer justo en mi vestido! —Empezó a llorar.

Sam salió de entre las hojas y se puso a su lado con gesto de arrepentimiento, intentando agarrarle la mano.

—Sólo quería complacerte —dijo—. Sé que se trata de algo triste. Y sé que no es muy emocionante. Pero pensé que era hermoso, y…

—¡No lo soporto! —exclamó Yvonne, y empezó a alejarse de él por el césped, sin dejar de sollozar mientras corría.

Llegó antes que él al agujero de la valla, y Sam tuvo que correr tras ella por la acera. Yvonne no reducía la marcha e iba arrastrando tras

de sí una especie de zarza que se le había quedado enganchada a la falda.

Toda la confianza de Sam había desaparecido de repente.

—Yvonne —dijo—, no pienses mal de mí por esto, Yvonne. No quería...

—¡Oh, cállate! —dijo Yvonne.

—No quiero que pienses mal de mí.

—¡Deja de lloriquear! —exclamó ella.

Pronto vieron cómo se acercaba el tranvía para Dún Laoghaire, con sus tumbos habituales. Sam seguía detrás de Yvonne, tocándole el brazo y pidiéndole perdón, pero ella se metió en el tranvía y, sin mirarlo, subió rápidamente las escaleras. Sam se detuvo y se quedó en la acera, mostrando las dos manos levantadas en un gesto de abandono.

Una vez en el tranvía, Yvonne dejó de llorar. Cuando llegó a Upper George's Street, buscó a tientas en su bolso la llave que le habían dado hacía no mucho tiempo y entró en la tienda. Allí dentro estaba todo muy tranquilo. Enseguida notó el conocido olor a madera y a papel antiguo. A su espalda pasaban los últimos coches y tranvías de la noche, y desde el oscuro rincón que se abría frente a ella le llegaba el sonido de la pesada respiración de su madre, que ya dormía en la habitación interior. Por lo demás, en la tienda reinaba un silencio absoluto y parecía que todos los objetos que se repartían por las estanterías estuvieran muy atentos y expectantes, como animalillos al acecho. Yvonne permaneció inmóvil durante diez minutos, casi quince. Nunca en su vida se había quedado quieta tanto tiempo. Luego entró de puntillas en la habitación interior y empezó a desvestirse a oscuras.

Como de costumbre, su madre había ocupado la parte central de la cama, que se hundía bajo su peso. Cuando Yvonne puso una rodilla en el borde para entrar, toda la estructura se estremeció con un crujido. Su madre se despertó.

—Eres tú, ¿verdad? —preguntó la madre de Yvonne—. No te he oído entrar. Cuéntame, ¿cómo ha ido la noche? ¿Qué habéis hecho?

—Bueno, nada del otro mundo —dijo Yvonne.

Se metió en la cama, estirando sus largas piernas bajo las sábanas, y dejó caer la cabeza rígida sobre el frío borde superior de la almohada.

—Siempre dices lo mismo —dijo su madre—, pero imagino que algo habréis hecho.

—Ya te digo que no hemos hecho nada —dijo Yvonne.

—¿Qué era lo que tenía que enseñarte Sam?

—Nada, nada —dijo ella.

—No sigas repitiéndome esa palabra —le dijo su madre—. Cuéntame algo más. ¿O es que se te ha comido la lengua el gato?

—¿Te quedaste con las tarjetas de Navidad que tenían las rosas bordadas? —preguntó Yvonne.

—No —dijo su madre—. ¡A diez peniques la pieza! ¿Tienes algo que contarme de lo que ha pasado esta noche o nos dormimos ya?

—Sí —dijo Yvonne—, me voy a casar con Sam.

—¡Bendito sea Dios! —exclamó su madre—. Así que te ha convencido.

—No me ha convencido de nada —dijo Yvonne—, pero voy a casarme con él. Lo tengo decidido.

—Decidido, ¿eh? —preguntó su madre—. Bueno, pues me alegro. ¿Pero por qué, si puede saberse, se ha decidido su majestad justo esta noche?

—Por nada —dijo Yvonne—. Por nada. Nada en absoluto.

Escondió la cabeza bajo la sábana y comenzó a deslizar las caderas hacia el centro de la cama.

—¡Me agotas! —dijo su madre—. ¿De verdad no me vas a decir por qué?

—No… —dijo Yvonne—. Es triste —añadió—. Sí. Bastante triste.

Se quedó callada. No pensaba decir nada más.

Por fin se hizo un silencio absoluto en el cuarto interior y en la tienda. No volverían a pasar más tranvías hasta el día siguiente. Yvonne Geary hundió la cara en la almohada tan profundamente que su madre no pudo oír que estaba empezando a llorar. Tenía por delante una larga noche.

[1]. Festival conocido como An Tóstal. Se celebró durante unos años por todo el país a partir de 1953 para exhibir el estilo de vida irlandés y atraer el turismo. *(Todas las notas son de la traductora.)*

[2]. Mateo 6, 30.

[3]. Juan 14, 2

[4]. Zona de baño próxima a la costa de Dún Laoghaire.

[5]. Título del dueto (tenor y barítono) de la ópera en tres actos *El lirio de Killarney,* de sir Julius Benedict (1862).

[6]. Destruida en 1966 por una bomba de los republicanos irlandeses.

[7]. Frase de la madre de Hamlet al depositar unas flores sobre el cuerpo de Ofelia en su funeral.

[8]. Famoso hotel fundado en 1824.

POSFACIO:

UNA ALEGORÍA
DE LOS ORÍGENES

por Pilar Adón

1

Algo del otro mundo fue el único relato que publicó Iris Murdoch a lo largo de su prolífica vida como escritora, y apareció por primera vez en el año 1957, en una antología titulada *Winter's Tales,* junto con textos de Doris Lessing y Brigid Brophy, entre otros autores. Se trata por tanto de un relato perteneciente a los inicios de su carrera, publicado en un momento en que habían aparecido ya sus tres primeras novelas (la cuarta, *La campana,* vería la luz un año más tarde), y que marca un claro paréntesis, una excepción, no sólo en la forma narrativa más practicada por la autora sino también en el que será su muy reconocible universo narrativo, caracterizado por unos personajes que son o bien intrigantes y manipuladores o, por el contrario, todo bondad, compasivos y crédulos, abocados a la búsqueda de respuestas para sus problemas existenciales, en un continuo ir y venir por un Londres que para algunos críticos constituye una auténtica *Murdochland,* y que apreciamos ya desde su debut con la deslumbrante *Bajo la red,* ambientada en un territorio bohemio y filosófico.

No es necesario saber gran cosa de la biografía de Murdoch para estar al tanto de que, aun habiendo nacido en Dublín, se estableció a una edad muy temprana en Londres con sus padres, de modo que Irlanda nunca fue un auténtico hogar para ella. No podemos afirmar que se sintiera plenamente irlandesa, pero sí que jamás renunció a sus raíces y que, como ella misma se encargó de recalcar en distintas ocasiones, incluso en las semblanzas que aparecieron en algunos de sus libros posteriores, siempre mantuvo una poderosa conexión con su país de nacimiento. Aunque vivió en Inglaterra prácticamente toda su vida, siempre defendió la herencia cultural e intelectual irlandesa que asumía como propia y de la que bebieron, entre otros, Wilde, Yeats o su amiga Elizabeth Bowen. En el plano puramente literario, lo apreciamos en sus novelas *El unicornio* (1963), *El rojo y el verde* (1965) y también en este *Algo del otro mundo,* texto inédito hasta el momento en castellano, que se publicaría en Japón en 1959 también como parte de una antología y, tras el fallecimiento de la autora en 1999, en forma de libro independiente en Inglaterra y un año después en Estados Unidos.

Frente a la manera en que Murdoch trataría posteriormente el paisaje irlandés en la ya mencionada *El unicornio,* en la que predominan lo gótico y lo metafórico, impera en este relato el realismo, y aparecen en él no sólo lugares que la autora conocía bien, sino también pautas de comportamiento que le resultarían igualmente

familiares. En cuanto a los lugares, recordemos que Murdoch solía pasar las vacaciones estivales con sus padres en Irlanda, y en cuanto a la comprensión del carácter de los personajes, como cuenta Peter J. Conradi en su brillante biografía de la autora, el de Yvonne Geary podría estar inspirado directamente en una de sus primas irlandesas, Eva Robinson (de casada, Lee), con quien la joven Iris pasaba largas horas en las rocas de Dún Laoghaire. A ambas les encantaba contar y que les contasen historias, e iban a sentarse juntas en verano en este lugar frente al mar, donde se dedicaban a inventarlas. Si consideramos que Eva Robinson (nacida en 1912 y por tanto siete años mayor que su prima) vivía con la señora Walton, su madre adoptiva, en la tienda de periódicos que regentaba esta última, situada en Upper George's Street, que es la misma calle en la que vive la propia Yvonne Geary con su madre en el relato, la similitud se hace más que evidente. Además, como podemos apreciar, en ninguno de los dos casos, ni en la ficción ni en la realidad, aparece la figura del padre.

2

La historia de *Algo del otro mundo* no se ambienta en el habitual Londres inquieto y erudito de las novelas de Murdoch, en zonas como Hampstead, Chelsea y Portland Place, sino en el Dublín de los años cincuenta del pasado siglo. Un espacio que se nos presenta de manera claustrofóbica, especialmente para Yvonne, que llega a preguntarse: «¿Es que hay algún irlandés vivo que no quiera largarse a Inglaterra?». La técnica empleada para describir los ambientes y, sobre todo, su forma de utilizar el lenguaje nos revelan un ambiente dublinés mucho más sombrío y áspero que el londinense de las novelas de Murdoch. No seguimos en esta obra los pasos de ningún intelectual relacionándose con otros intelectuales de su misma clase social media-alta por los que siente un amor incontrolable, una pasión desaforada, o a los que envidia e incluso aborrece. No aparece ningún personaje caracterizado por sus elevadas cualidades (bondad, belleza, dulzura) o por su detestable carácter extremo. Tampoco damos con el habitual manipulador capaz de llevar a la práctica cualquier artimaña con tal de salirse con la suya y mostrarles su superioridad moral a los demás, víctimas de su ausencia de empatía. No es esta una historia de enredos sentimentales, flirteos, complejos equívocos, infidelidades y rupturas amorosas. Sí percibimos, en cambio, la profundidad habitual de las obras de Murdoch, a pesar de su brevedad, y su estilo ágil, que expresa mucho más de lo aparente en una primera lectura.

El tema, como suele ser habitual en su narrativa, es el del amor; en esta ocasión, un amor no correspondido, unido, como también resulta habitual, a una evidente falta de comunicación. No nos parece posible que Yvonne y Sam lleguen en ninguna de las escenas del relato a confesarse sus sentimientos más íntimos. En el caso de Yvonne, porque su insondable frustración, la ira que la invade al darse cuenta de que no puede cumplir sus deseos de estar en otro lado, de conocer la vida auténtica, de tener experiencias distintas que la saquen de su tediosa rutina, le imposibilitan la actitud favorable necesaria para manifestar en voz alta lo que de verdad desea. Tanto su familia como sus propias circunstancias tiran de ella hacia el fondo de la larga noche que tiene por delante, lo que hace que le resulte imposible salir para tomar aire y protestar con firmeza. La fosa en que la hunden se identifica con el agujero que ocupa el lago del parque al que la lleva Sam para contemplar la melancólica escena de un hermoso árbol vencido con el que ella, tristemente, puede sentirse identificada. Y Sam, por su parte, porque se ve incapaz de declararle su amor a Yvonne tal vez por timidez, tal vez por miedo al rechazo, tal vez por la sensación que le

atenaza de que no se le va a entender. Lo que para Yvonne es diversión, para Sam es peligro. Lo que para Sam es poesía, para Yvonne es aburrimiento y desolación.

Y, no obstante, el deseo de encontrar algo diferente, algo mejor, algo precioso como la postal navideña que su madre no compra finalmente y que para Yvonne representa la perfección, lo nuevo frente a las clásicas composiciones tradicionales que buscan los que están a su alrededor, los que le insisten en que se adapte a una vida convencional, a lo seguro, aunque lo seguro sea lo de siempre y resulte feo, no difiere gran cosa de lo que desea Sam, que también espera de Yvonne algo especial, una compañera que crezca con él, a la que mostrar su propio concepto de belleza, en este caso en forma de árbol vencido. Murdoch declaró que sus padres le habían inculcado su amor por la cultura y que los tres constituían lo que más tarde describiría como una «perfecta trinidad de amor», y será algo habitual que sus protagonistas persigan ese amor, esa gracia. La virtud, el bien. El conflicto se presenta cuando difiere la noción que los distintos personajes tienen de estos conceptos: Sam quiere ofrecerle a Yvonne algo diferente, una especie de epifanía, pero lo que para Sam es diferente y especial, para Yvonne representa una muestra de la decadencia del mundo, podrido y triste. Es este momento de epifanía algo frecuente en las obras de Murdoch, y así el árbol caído podría relacionarse con la ciénaga de *El unicornio* o con el acantilado de *El mar, el mar* (1978).

3

Son muchas las alusiones al hogar que aparecen en *Algo del otro mundo.* Por ejemplo, la descripción que se hace de la habitación en la que duerme Yvonne con su madre muestra la imposibilidad de independencia física e incluso de evasión mental para una soñadora como ella, que se pasa «las horas ahí encerrada, en ese cuartucho oscuro, tumbada boca abajo con la nariz metida en sus novelas», y que es consciente de que, si se casa con Sam, terminará «en otra caja de cerillas, sólo que en un lugar distinto», por lo que cambiará el sitio, pero no la esencia. Asimismo se menciona el festival Irlanda en Casa, inaugurado en 1953 con el fin de ensalzar el estilo de vida irlandés y, además de atraer el turismo a Dublín, propiciar que muchos de los que tuvieron que irse de la ciudad pudieran regresar al menos durante los días de la celebración.

No parece casual esta querencia por un espacio que considerar propio, al que vincularse, en las obras de la descendiente de una familia que fue protestante en una Dublín católica y posteriormente irlandesa en una Inglaterra en la que tampoco terminaría de integrarse. La dificultad de dar con una identidad específica queda perfectamente reflejada en la sensación de no pertenencia de la familia de Yvonne, también protestante en Dún Laoghaire, y así se adivina desde el momento en que Yvonne habla de Kingstown, mientras que la narradora se refiere al lugar como Dún Laoghaire. La ciudad, situada en la costa doce kilómetros al sur de Dublín, recibió en el año 1821 el nombre de Kingstown con motivo de la visita del rey Jorge IV, pero recuperó su antigua denominación en 1921, tras la independencia de Irlanda. El empleo de Kingstown por parte de Yvonne la sitúa aún más como protestante que se rebela contra el cambio. Y el exponente máximo de tal situación lo encarna Sam Goldman, perteneciente «al Pueblo Elegido» en una época en la que ser judío en Dublín suponía formar parte de una auténtica minoría.

Muchos de los personajes de las novelas de Murdoch se sienten intrusos, ajenos al lugar en el que viven. De nuevo según la biografía de Peter J. Conradi, cuando Murdoch planeó en el verano de 1945 un viaje a Dublín (pronto sería la madrina del segundo de los cuatro hijos de su ya mencionada prima Eva), afirmó que no se sentía de ningún país en concreto. «Está Irlanda. Está Inglaterra. Pero si he de hablar de mi patria, creo que me referiría a la propia literatura inglesa». Finalizada la Segunda Guerra Mundial, ella misma trabajó para las Naciones Unidas en Bélgica y Austria con refugiados y exiliados, y declaró que sentía cierta afinidad con ellos. No obstante, tras la

lectura de *El unicornio* podría decirse que Murdoch eligió Irlanda como su hogar emocional o espiritual, a pesar de que Dublín aparezca de una manera tan cruda en *Algo del otro mundo*.

4

El amor no correspondido. El amor que se recibe y se acepta aunque en principio se buscase un modelo más elevado: el que asciende por la escala platónica hasta la categoría máxima, desde el Eros hasta la Belleza. Resulta frecuente en las obras de Murdoch que el amor aparezca como resultado de la idealización del otro, del ser amado, y contamos con ejemplos como el de Honor Klein en *Una cabeza cercenada* o el de Hartley en *El mar, el mar,* desde el momento en que Martin Lynch-Gibbon y Charles Arrowby respectivamente parecen sublimar el concepto de amor y centrarse hasta la obsesión en la que es su personalísima visión del mismo. Lo que importa es el anhelo de este, lo que cada uno imagina que ha de ser el amor ejemplar, exento de borrones e impurezas, más que el ser real en el que fijan sus pretensiones.

El amor también es el tema principal de *Algo del otro mundo,* como decíamos, con sus peculiaridades: Yvonne lo persigue como vía de escape de una posición que la asfixia, como medio para conseguir una vida mejor. Escribió Simone Weil, a quien Murdoch leía de forma constante: «De entre todos los seres humanos, sólo reconocemos plenamente la existencia de aquellos a quienes amamos. La creencia en la existencia de otros seres humanos como tales es el amor». Y en la conferencia «La soberanía del bien sobre otros conceptos», incluida en el libro *La soberanía del bien,* del año 1970, Murdoch manifiesta la necesidad de la identificación del amor para establecer una aproximación a la idea del bien. El Amor, con su capacidad de elevación y transformación de quien lo experimenta, queda vinculado al Bien, que, como sabemos, constituye para Murdoch la aspiración suprema. Concluimos pues con este fragmento sobre la naturaleza del amor que marca eso tan especial que busca Yvonne y, ciertamente, también Sam, como lo buscan todos los personajes de Murdoch, incorporados, de una manera u otra, a la realidad de sus lectores: «Amor es el nombre que de manera general se le da a la cualidad del apego, y es capaz de una degradación infinita y la fuente de nuestros más grandes errores. No obstante, cuando el Amor se muestra depurado, aunque sea sólo de modo parcial, representa la energía y la pasión del alma en su búsqueda del Bien, la fuerza que nos une al Bien y que nos une al mundo a través del Bien. Su existencia es la prueba inequívoca de que somos criaturas espirituales, tendentes a la excelencia y hechas para el Bien. Es un reflejo del calor y la luz del sol».

PILAR ADÓN

Table of Contents

Posfacio: Una alegoría de los orígenes